

KEN FOLLETT

EL UMBRAL DE LA ETERNIDAD

Traducción de
ANUELA

PLAZA  JANÉS



La trilogía *The Century* combina la dimensión épica y el drama humano, sello distintivo en las obras de Ken Follett.

Con la misma habilidad que en sus novelas ambientadas en la Edad Media, en *The Century* el autor sigue los destinos entrelazados de tres generaciones de cinco familias: una galesa, una inglesa, una rusa, una alemana y otra estadounidense.

La primera novela, *La caída de los gigantes*, está enmarcada en los cruciales acontecimientos de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa.

En el segundo tomo, *El invierno del mundo*, vivimos desde la inmensa destrucción provocada por la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial hasta los inicios de la Guerra Fría.

Con *El umbral de la eternidad* nuestros protagonistas, los nietos de las cinco familias, forjan sus destinos desde los años sesenta hasta los noventa del siglo XX. La guerra de Vietnam, la caída del Muro de Berlín y la lucha contra el racismo son algunos de los hitos históricos que marcan sus vidas en esta época tan turbulenta como fascinante.

The Century narra en esencia el siglo XX y permite contemplar en primera persona una de las épocas posiblemente más convulsas, violentas y determinantes de nuestra historia.

*A todos los que luchan por la libertad,
en especial a Barbara*

Personajes

Estadounidenses

Familia Dewar

Cameron Dewar

Ursula «Beep» Dewar, su hermana

Woody Dewar, su padre

Bella Dewar, su madre

Familia Peshkov-Jakes

George Jakes

Jacky Jakes, su madre

Greg Peshkov, su padre

Lev Peshkov, su abuelo

Marga, su abuela

Familia Marquand

Verena Marquand

Percy Marquand, su padre

Babe Lee, su madre

CIA

Florence Geary

Tony Savino

Tim Tedder, agente medio retirado

Keith Dorset

Otros

Maria Summers

Joseph Hugo, del FBI
Larry Mawhinney, del Pentágono
Nelly Fordham, antigua prometida de Greg Peshkov
Dennis Wilson, asistente de Bobby Kennedy
Skip Dickerson, asistente de Lyndon Johnson
Leopold «Lee» Montgomery, periodista
Herb Gould, redactor jefe del programa televisivo *This Day*
Suzy Cannon, periodista del corazón
Frank Lindeman, dueño de cadena de televisión

Personajes históricos reales

John F. Kennedy, 35.º presidente de Estados Unidos
Jackie, su esposa
Bobby Kennedy, su hermano
Dave Powers, secretario personal del presidente Kennedy
Pierre Salinger, jefe de prensa del presidente Kennedy
Martin Luther King, Jr., presidente de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur
Lyndon B. Johnson, 36.º presidente de Estados Unidos
Richard Nixon, 37.º presidente de Estados Unidos
Jimmy Carter, 39.º presidente de Estados Unidos
Ronald Reagan, 40.º presidente de Estados Unidos
George H. W. Bush, 41.º presidente de Estados Unidos
J. Edgar Hoover, director del FBI

Ingleses

Familia Leckwith-Williams

Dave Williams
Evie Williams, su hermana
Daisy Williams, su madre
Lloyd Williams, parlamentario, su padre
Eth Leckwith, abuela de Dave

Familia Murray

Jasper Murray
Anna Murray, su hermana
Eva Murray, su madre

Músicos de los Guardsmen y Plum Nellie

Lenny, primo de Dave Williams

Lew, batería

Buzz, bajo

Geoffrey, guitarra solista

Otros

Conde Fitzherbert (llamado Fitz)

Sam Cakebread, amigo de Jasper Murray

Byron Chesterfield (verdadero nombre, Brian Chesnowitz), agente musical

Hank Remington (verdadero nombre, Harry Riley), estrella del pop

Eric Chapman, ejecutivo de compañía discográfica

Alemanes

Familia Franck

Rebecca Hoffmann

Carla Franck, madre adoptiva de Rebecca

Werner Franck, padre adoptivo de Rebecca

Walli Franck, hijo de Carla

Lili Franck, hija de Werner y Carla

Maud von Ulrich (de soltera, lady Maud Fitzherbert), madre de Carla

Hans Hoffmann, marido de Rebecca

Otros

Bernd Held, maestro

Karolin Koontz, cantante de folk

Odo Vossler, pastor protestante

Personajes históricos reales

Walter Ulbricht, secretario general del Partido Socialista Unificado de Alemania (comunista)

Erich Honecker, sucesor de Ulbricht

Egon Krenz, sucesor de Honecker

Polacos

Stanisław «Staz» Pawlak, oficial del ejército
Lidka, novia de Cam Dewar
Danuta Górski, activista del sindicato Solidaridad

Personajes históricos reales

Anna Walentynowicz, conductora de grúa
Lech Wałęsa, presidente del sindicato Solidaridad
General Jaruzelski, primer ministro

Rusos

Familia Dvorkin-Peshkov

Tania Dvórkina, periodista
Dimka Dvorkin, asistente del Kremlin, hermano mellizo de Tania
Nina, novia de Dimka
Ania Dvórkina, su madre
Grigori Peshkov, su abuelo
Katerina Peshkova, su abuela
Vladímir (siempre llamado Volodia), su tío
Zoya, esposa de Volodia

Otros

Daniíl Antónov, director de noticias de TASS
Piotr Opotkin, redactor jefe de noticias
Vasili Yénkov, disidente
Natalia Smótrova, funcionaria del Ministerio de Exteriores
Nik Smótrov, marido de Natalia
Yevgueni Filíпов, ayudante del ministro de Defensa Rodión Malinovski y de su sucesor Andréi Grechko
Vera Pletner, secretaria de Dimka
Valentín, amigo de Dimka
Mariscal Mijaíl Pushnói

Personajes históricos reales

Nikita Serguéyevich Jrushchov, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética
Andréi Gromiko, ministro de Exteriores durante el mandato de Jrushchov

Rodión Malinovski, ministro de Defensa durante el mandato de Jrushchov

Alekséi Kosiguin, presidente del Consejo de Ministros

Leonid Brézhnev, sucesor de Jrushchov

Yuri Andrópov, sucesor de Brézhnev

Konstantín Chernenko, sucesor de Andrópov

Mijaíl Gorbachov, sucesor de Chernenko

Otras nacionalidades

Paz Oliva, general cubano

Frederik Bíró, político húngaro

Enok Andersen, contable danés

PRIMERA PARTE

Muro

1961

1

La policía secreta convocó a Rebecca Hoffmann un lunes lluvioso de 1961.

La mañana había empezado como otra cualquiera. Su marido la acompañó al trabajo en su Trabant 500 color canela. Las antaño elegantes calles del centro de Berlín aún conservaban solares arrasados por los bombardeos de la guerra, salvo allí donde se habían construido nuevos edificios de hormigón que se alzaban erguidos como dientes falsos y mal emparejados. Hans iba pensando en su trabajo mientras conducía.

—Los tribunales están al servicio de los jueces, de los abogados, de la policía, del gobierno... de todo el mundo menos de las víctimas de la delincuencia —comentó—. Algo así es de esperar en los países capitalistas occidentales, pero bajo el comunismo los tribunales deberían estar claramente al servicio del pueblo. Mis colegas no parecen darse cuenta de ello. —Hans trabajaba en el Ministerio de Justicia.

—Llevamos casi un año casados y te conozco desde hace dos, pero nunca me has presentado a ninguno de tus colegas —repuso Rebecca.

—Te aburrirían —adujo él de inmediato—. Son todos abogados.

—¿Hay alguna mujer entre ellos?

—No. En mi sección, por lo menos, no.

Hans ocupaba un puesto administrativo: designaba jueces, programaba juicios, gestionaba los tribunales.

—De todas formas me gustaría conocerlos.

Su marido era un hombre fuerte que había aprendido a controlarse. Mientras lo miraba y ante su insistencia, Rebecca percibió en sus ojos un conocido destello de rabia, y vio que la reprimía echando mano de su fuerza de voluntad.

—Ya quedaré con ellos —dijo Hans—. Quizá podríamos ir todos a un bar alguna tarde.

De los hombres que había conocido Rebecca, Hans era el primero que estaba a la altura de su padre. Era seguro y autoritario, pero siempre la escuchaba. Tenía un buen trabajo; no mucha gente disponía de coche propio en la Alemania Oriental. Los hombres que trabajaban para el gobierno solían ser comunistas de la línea dura, pero Hans, por sorprendente que fuera, compartía el escepticismo político de Rebecca. Igual que su padre, era alto, apuesto y vestía bien. Era el hombre al que había estado esperando.

Durante su noviazgo solo dudó de él en una ocasión, y de forma muy breve. Habían sufrido un accidente de tráfico sin importancia. La culpa fue del otro conductor, que había salido de una calle lateral sin detenerse. Cosas como esa sucedían todos los días, pero Hans se puso hecho una furia. Aunque el daño sufrido por ambos coches era mínimo, llamó a la policía, les enseñó su carnet del Ministerio de Justicia y consiguió que detuvieran al otro hombre por conducción temeraria y lo llevaran a la cárcel.

Después se disculpó con Rebecca por haber perdido los estribos. Ella, asustada ante su afán de venganza, había estado a punto de poner fin a la relación, pero Hans le explicó que ese día no era dueño de sí mismo por culpa de las presiones del trabajo, y ella decidió creerlo. Su fe se había visto justificada: Hans nunca volvió a hacer nada semejante.

Cuando llevaban un año saliendo, y seis meses durmiendo juntos casi todos los fines de semana, Rebecca se preguntó por qué no le proponía matrimonio. Ya no eran unos niños: ella tenía entonces veintiocho años y él treinta y tres, así que fue ella quien se lo pidió. A Hans le sorprendió la proposición, pero aceptó.

En ese momento detuvo el coche frente a la escuela donde trabajaba Rebecca. Era un edificio moderno y bien equipado: los comunistas se tomaban muy en serio la educación. Frente a las puertas de la verja, cinco o seis chicos mayores esperaban fumando cigarrillos junto a un árbol. Rebecca no hizo caso de sus miradas insistentes y besó a Hans en los labios. Después bajó del coche.

Los chicos la saludaron con educación, pero ella sintió la avidez con que esos ojos adolescentes devoraban su figura mientras cruzaba el patio de la escuela sin esquivar los charcos.

Rebecca pertenecía a una familia con inclinaciones políticas. Su abuelo había sido socialdemócrata y miembro del Reichstag, el Parlamento alemán, hasta que Hitler llegó al poder. Su madre, concejala del ayuntamiento durante el breve período de democracia que vivió el Berlín oriental tras la guerra, también por el Partido Socialdemócrata. Sin embargo, la Alemania Oriental se había convertido en una tiranía y Rebecca no le

veía ninguna utilidad a meterse en política, por lo que había canalizado su idealismo hacia la educación con la esperanza de que la siguiente generación fuese menos dogmática, más compasiva, más lista.

Al llegar a la sala de profesores consultó el horario de sustituciones en el tablón de anuncios. Le habían doblado la mayoría de las clases, así que tendría a dos grupos de alumnos apretujados en una sola aula casi todo el día. Ella impartía la asignatura de ruso, pero también le habían adjudicado una sustitución de inglés. Rebecca no lo hablaba, aunque sí tenía algunas nociones gracias a su abuela inglesa, Maud, que a sus setenta años seguía siendo una mujer batalladora.

Era la segunda vez que le pedían a Rebecca que diera una clase de inglés, y empezó a pensar en algún texto. En la ocasión anterior había utilizado uno de esos panfletos que repartían entre los soldados estadounidenses para explicarles cómo tratar con los alemanes: a los alumnos les había parecido divertidísimo, y también habían aprendido mucho. Ese día quizá escribiría en la pizarra la letra de una canción que todos conocieran, como el *Twist*, que constantemente sonaba por la radio del ejército de Estados Unidos, la American Forces Network, y les pediría que la tradujeran al alemán. No sería una clase convencional, pero sí lo mejor que podía improvisar.

La escuela adolecía de una grave escasez de profesores porque la mitad del personal había emigrado a la Alemania Occidental, donde los salarios eran de trescientos marcos más al mes y la gente era libre. Lo mismo sucedía en casi todas las escuelas de la Alemania Oriental. Y no se trataba solo de los profesores. Los médicos podían duplicar sus ingresos emigrando a Occidente. La madre de Rebecca, Carla, era jefa de enfermeras en un gran hospital del Berlín oriental y se subía por las paredes a causa de la falta tanto de enfermeras como de médicos. Lo mismo sucedía en la industria, e incluso en las fuerzas armadas. Era una crisis nacional.

Mientras Rebecca apuntaba a toda prisa la letra del *Twist* en un cuaderno e intentaba recordar aquel verso que hablaba de una hermana pequeña, algo así como «my little sis», el subdirector entró en la sala de profesores. Bernd Held era seguramente el mejor amigo que tenía Rebecca fuera de la familia. Contaba cuarenta años y era un hombre delgado y de cabello oscuro, y tenía una cicatriz lívida que le cruzaba la frente porque lo había alcanzado un fragmento de metralla mientras defendía las colinas de Seelow durante los últimos días de la guerra. Era profesor de física, pero compartía el interés de Rebecca por la literatura rusa, y un par de veces a la semana comían juntos el bocadillo a mediodía.

—Escuchad todos —dijo Bernd—, me temo que traigo malas noticias. Anselm nos ha dejado.

Se produjo un murmullo de sorpresa. Anselm Weber, el director del colegio, era un comunista leal: todos los directores tenían que serlo. Sin embargo, al parecer sus principios se habían visto superados por el atractivo de la prosperidad y la libertad de la Alemania Occidental.

—Yo ocuparé su lugar hasta que se designe un nuevo director —siguió informando Bernd.

Rebecca y los demás maestros de la escuela sabían que, si era cuestión de capacidades, el propio Bernd debía ser elegido para el cargo. Pero Bernd quedaba descartado porque no quería afiliarse al Partido Socialista Unificado, el SED, comunista en todo salvo en el nombre.

Por ese mismo motivo Rebecca jamás llegaría a directora de escuela. Anselm le había suplicado que se uniera al partido, pero eso era imposible. Para ella habría sido como ingresar en un manicomio y fingir que todos los demás internos estaban cuerdos.

Mientras Bernd detallaba las medidas temporales que se tomarían para solventar la emergencia, Rebecca se preguntó cuánto tardaría la escuela en recibir al nuevo director. ¿Un año? ¿Durante cuánto tiempo se prolongaría aquella crisis? Nadie lo sabía.

Antes de la primera clase abrió su casillero, pero estaba vacío. El correo no había llegado aún. Quizá también el cartero se había marchado a la Alemania Occidental.

La carta que pondría su vida patas arriba todavía estaba por llegar.

Impartió su primera clase, en la que comentó el poema ruso *El jinete de bronce* ante un nutrido grupo de alumnos de diecisiete y dieciocho años. Era una lección que había dado todos los años desde que empezó a trabajar de maestra. Como siempre, guiaba a los chicos hacia el análisis soviético ortodoxo y explicaba que Pushkin resolvía el conflicto entre el interés personal y el deber público en favor de este último.

A la hora de comer Rebecca llevó su bocadillo al despacho del director y se sentó al enorme escritorio, delante de Bernd. Contempló la estantería de baratos bustos de cerámica: Marx, Lenin y el dirigente comunista de la Alemania del Este, Walter Ulbricht. Bernd siguió su mirada y sonrió.

—Anselm ha sido astuto —dijo—. Se ha pasado años fingiendo ser un verdadero creyente y de pronto... ¡Bum! Se va.

—¿No te tienta la idea de marcharte? —preguntó Rebecca—. Estás divorciado, no tienes hijos... Nada te ata.

Él miró a un lado y a otro, como si creyera que alguien podía estar escuchando, después se encogió de hombros.

—Lo he pensado... ¿Quién no? —contestó—. ¿Y tú? Tu padre trabaja en Berlín Oeste, ¿verdad?

—Sí. Tiene una fábrica de televisores, pero mi madre está decidida a quedarse en el Este. Cree que debemos solucionar nuestros problemas, no huir siempre de ellos.

—La conozco. Es una fiera.

—Dice la verdad. Además, la casa donde vivimos pertenece a su familia desde hace generaciones.

—¿Y qué piensa tu marido?

—Vive entregado al trabajo.

—O sea que no tengo que preocuparme por perderte. Bien.

—Bernd... —empezó a decir Rebecca, pero luego vaciló.

—Escúpelo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Desde luego.

—Dejaste a tu esposa porque te engañaba con otro, ¿verdad?

Bernd se puso tenso, pero contestó.

—Así es.

—¿Cómo lo descubriste?

Él se estremeció, como si de repente hubiera sentido una punzada de dolor.

—¿Te molesta que te lo pregunte? —dijo Rebecca con inquietud—. ¿Es demasiado personal?

—A ti no me importa contártelo —repuso él—. Se lo planteé abiertamente y ella lo admitió.

—Pero ¿qué fue lo que hizo que sospecharas?

—Un montón de pequeñas cosas...

Rebecca lo interrumpió.

—Suena el teléfono, descuelgas y te encuentras con varios segundos de silencio, después la persona del otro lado de la línea cuelga.

Bernd asintió.

—Tu pareja rompe una nota en trozos muy pequeños y los tira por el retrete —siguió explicando Rebecca—. El fin de semana lo convocan a una reunión imprevista. Por las noches pasa horas escribiendo cosas que no quiere enseñarte.

—Ay, vaya —dijo Bernd con tristeza—. Estás hablando de Hans.

—Tiene una amante, ¿verdad? —Dejó su bocado en la mesa; había perdido el apetito—. Dime sinceramente lo que piensas.

—Lo siento mucho.

Bernd la había besado una vez cuatro meses atrás, el último día del primer trimestre. Se estaban despidiendo y se habían deseado una feliz

Navidad, y entonces él la asió del brazo con suavidad, inclinó la cabeza y le dio un beso en los labios. Rebecca le pidió que no volviera a hacerlo nunca, y le dijo que le gustaría seguir teniéndolo como amigo; al regresar a la escuela en enero, ambos actuaron como si nada de aquello hubiese sucedido. Unas semanas después, Bernd le dijo incluso que tenía una cita con una viuda de la misma edad que él.

Rebecca no quería transmitirle falsas esperanzas, pero él era la única persona con quien podía hablar además de su propia familia, y a ellos no quería preocuparlos. Todavía no.

—Estaba tan segura de que Hans me quería... —dijo, y se le arrastraron los ojos en lágrimas—. Yo lo quiero.

—Tal vez sí te quiere. Hay hombres incapaces de resistir la tentación.

Rebecca no sabía si Hans se sentía satisfecho con su vida sexual. Nunca había protestado, pero solo hacían el amor una vez a la semana más o menos, lo cual ella creía que era poco para estar recién casados.

—Lo único que deseo es tener mi propia familia. Una igual que la de mi madre, donde todos se sientan queridos, apoyados y protegidos —confesó—. Pensaba que con Hans podría tener eso.

—Quizá todavía puedas —repuso Bernd—. Una aventura no tiene por qué ser el final de un matrimonio.

—¿En el primer año?

—No es bueno, lo admito.

—¿Qué voy a hacer?

—Deberías preguntárselo. Puede que lo reconozca o puede que lo niegue, pero así sabrá que te has dado cuenta.

—Y luego ¿qué?

—¿Qué quieres tú? ¿Te divorciarías de él?

Rebecca negó con la cabeza.

—Jamás lo abandonaré. El matrimonio es una promesa. No puedes mantener una promesa solo cuando te va bien. Hay que mantenerla aunque no te apetezca. Ese es su significado.

—Yo hice lo contrario. Debes de creer que actué mal.

—No te juzgo, ni a ti ni a nadie. Solo hablo por mí misma. Quiero a mi marido y deseo que me sea fiel.

La sonrisa de Bernd reflejaba admiración pero también pesar.

—Espero que consigas lo que quieres.

—Eres un buen amigo.

Sonó el timbre de la primera clase de la tarde. Rebecca se levantó y volvió a guardar el bocadillo en su envoltorio de papel. No iba a

comérselo, ni en ese momento ni después, pero le horrorizaba tirar la comida, como a la mayoría de quienes habían vivido la guerra.

—Gracias por escucharme —le dijo a Bernd, y se secó los ojos humedecidos con un pañuelo.

—No he sido de mucho consuelo.

—Sí, sí que lo has sido. —Y salió.

Mientras se dirigía al aula de la clase de inglés se dio cuenta de que no había preparado la letra del *Twist*. De todas formas, llevaba siendo maestra el tiempo suficiente para poder improvisar.

—¿Quién ha oído una canción que se llama el *Twist*? —preguntó en voz alta al entrar por la puerta.

Todos la conocían.

Se acercó a la pizarra y cogió un trozo de tiza.

—¿Qué dice la letra?

Los alumnos se pusieron a gritar todos a la vez.

«Come on baby, let's do the Twist», escribió Rebecca en la pizarra.

—¿Cómo se dice eso en alemán? —preguntó entonces, y durante un rato olvidó sus problemas.

En la pausa de la tarde encontró una carta en su casillero. La llevó consigo a la sala de profesores y se hizo un café instantáneo antes de abrirla. Cuando la leyó, la taza se le cayó al suelo.

La única hoja de papel que contenía llevaba el membrete del Ministerio de Seguridad del Estado. Ese era el nombre oficial de la policía secreta; extraoficialmente, todos la conocían como «la Stasi». La carta estaba remitida por el sargento Scholz, quien le ordenaba que se presentara en su despacho de la jefatura para someterse a un interrogatorio.

Rebecca limpió el líquido que había vertido, se disculpó ante sus compañeros, fingió que no sucedía nada y se fue al servicio de señoras, donde se encerró en un compartimento. Necesitaba pensar antes de confiarle aquello a nadie.

En la Alemania del Este todo el mundo estaba al tanto de la existencia de esas cartas, y todo el mundo temía recibir una algún día. Significaba que algo iba mal: puede que ese algo fuera insignificante, pero había llamado la atención de los vigilantes. Por lo que explicaba la gente, sabía que aducir inocencia no servía de nada. Los policías reaccionarían asegurando que debía ser culpable de algo; si no, ¿por qué habrían de interrogarla? Insinuarles que habían cometido un error equivalía a insultar su competencia, lo cual también era delito.

Al leerla otra vez, vio que tenía cita para las cinco de esa misma tarde.

¿Qué había hecho? Su familia era altamente sospechosa, por supuesto. Su padre, Werner, era un capitalista con una fábrica que el gobierno de la Alemania del Este no podía tocar porque estaba en el Berlín occidental. Su madre, Carla, era una socialdemócrata reputada. Su abuela, Maud, hermana de un conde inglés.

Sin embargo, las autoridades llevaban un par de años sin molestar a la familia, y Rebecca había supuesto que su matrimonio con un funcionario del Ministerio de Justicia le habría otorgado cierta respetabilidad. Era evidente que no.

¿Había cometido algún delito? Poseía un ejemplar de *Rebelión en la granja*, la alegoría anticomunista de George Orwell, que era ilegal. Su hermano pequeño, Walli, tenía quince años, tocaba la guitarra y cantaba canciones protesta estadounidenses como *This Land is Your Land*. A veces Rebecca pasaba a la parte oeste de la ciudad para ver exposiciones de pintura abstracta. Los comunistas eran tan conservadores en cuestiones de arte como las matronas victorianas.

Se lavó las manos y se miró en el espejo. No parecía asustada. Tenía la nariz recta, la barbilla rotunda y ojos castaños de mirada intensa. Su cabello era oscuro y rebelde, y lo llevaba bien peinado hacia atrás. Como era alta y tenía un aire escultórico, había a quien le resultaba intimidante. Era capaz de enfrentarse a un aula llena de bulliciosos jóvenes de dieciocho años y hacerlos callar con una única palabra.

No obstante, estaba amedrentada. Lo que más miedo le daba era saber que la Stasi podía hacer cualquier cosa. No tenían ninguna limitación real: quejarse de ellos era un delito en sí mismo. Y eso le hizo pensar en el Ejército Rojo al final de la guerra, cuando los soldados soviéticos habían gozado de libertad total para robar, violar y asesinar a alemanes, y habían hecho uso de esa libertad en una bacanal de barbarie indescriptible.

La última clase que Rebecca dio ese día versaba sobre la construcción de la voz pasiva en la gramática rusa y fue un auténtico desastre, fácilmente la peor lección que había impartido desde que se sacó el título de maestra. A los alumnos no les pasó desapercibido que algo iba mal, y Rebecca se emocionó al ver que intentaban ayudarla todo lo posible, incluso haciéndole sugerencias útiles cuando se trababa y no encontraba la palabra adecuada. Gracias a su indulgencia, consiguió llegar hasta el final.

Al terminar las clases, Bernd se encerró en el despacho del director con varios funcionarios del Ministerio de Educación, supuestamente para discutir sobre cómo mantener la escuela abierta aunque faltara la mitad del personal. Rebecca no quería ir a la jefatura de la Stasi sin

informar a nadie por si decidían retenerla allí, así que le escribió una nota contándole que la habían citado.

Después tomó un autobús que la llevó por las calles mojadas hasta Normannenstrasse, en Lichtenberg, un barrio de las afueras.

La jefatura de la Stasi era un bloque de oficinas nuevo y horrendo. No estaba terminado; había excavadoras en el aparcamiento y andamios en uno de sus extremos. La construcción ofrecía un rostro adusto bajo la lluvia, aunque tampoco en un día de sol resultaba mucho más alegre.

Al cruzar la puerta, Rebecca se preguntó si volvería a salir de allí.

Atravesó el enorme atrio y presentó su carta en el mostrador de recepción, desde donde un hombre la acompañó arriba en ascensor. Su miedo crecía a medida que subían pisos. Salieron a un pasillo de paredes pintadas de un espantoso color amarillo mostaza y su acompañante la hizo pasar a una sala vacía salvo por una mesa con superficie de plástico y dos sillas incómodas, hechas de tubos metálicos. Se notaba un olor muy fuerte a pintura. Allí la dejó sola.

Estuvo sentada cinco minutos, temblando y esforzándose por no llorar. Le habría gustado ser fumadora: tal vez un pitillo la habría tranquilizado.

Por fin llegó el sargento Scholz, que era algo más joven que Rebecca —ella le echó unos veinticinco años— y llevaba consigo una carpeta delgada. Se sentó, se aclaró la garganta, abrió la carpeta y arrugó la frente. Rebecca pensó que estaba intentando aparentar importancia, y se preguntó si sería su primer interrogatorio.

—Es usted maestra en la Escuela Politécnica de Secundaria Friedrich Engels —dijo.

—Sí.

—¿Dónde vive?

Rebecca contestó, pero seguía desconcertada. ¿Acaso no conocía su dirección la policía secreta? Eso tal vez explicaba por qué le habían enviado la carta a la escuela y no a su casa.

Tuvo que facilitar los nombres y las edades de sus padres y sus abuelos.

—¡Me está mintiendo! —exclamó Scholz con aire triunfal—. Dice que su madre tiene treinta y nueve años y usted tiene veintinueve. ¿Cómo pudo traerla al mundo cuando tenía diez años?

—Soy adoptada —dijo Rebecca, aliviada al verse capaz de ofrecer una explicación inocente—. Mis padres biológicos murieron al final de la guerra, cuando una bomba destruyó nuestra casa.

Por aquel entonces Rebecca tenía trece años. Los proyectiles del Ejército Rojo no dejaban de caer, la ciudad estaba en ruinas y ella se

encontraba sola, confusa, aterrorizada. Al ver en ella a una adolescente voluptuosa, un grupo de soldados la habían elegido de entre otras mujeres para violarla. Carla la había salvado ofreciéndose en su lugar. Aun así, aquella terrorífica experiencia había provocado en Rebecca una actitud dubitativa y nerviosa en todo lo referente al sexo. Si Hans no se sentía satisfecho, estaba convencida de que tenía que ser por culpa de ella.

Se estremeció e intentó desterrar el recuerdo.

—Carla Franck me salvó de... —Rebecca se interrumpió justo a tiempo. Los comunistas negaban que los soldados del ejército ruso hubieran cometido violaciones, aunque todas las mujeres que habían estado en la Alemania Oriental en 1945 conocían la horrible verdad—. Carla me salvó —repitió, omitiendo los detalles polémicos—. Más adelante, Werner y ella me adoptaron oficialmente.

Scholz estaba tomando nota de todo. Aquel expediente no podía contener demasiada información, pensó Rebecca, pero algo debía de haber. Si tan poco sabía el sargento sobre su familia, ¿qué era lo que había llamado su atención?

—Es usted profesora de inglés —afirmó.

—No, soy profesora de ruso.

—Está mintiéndome de nuevo.

—No le miento, y tampoco he mentado antes —puntualizó ella con decisión. Le sorprendió verse hablando con él de esa forma desafiante. Ya no estaba tan asustada como hacía un rato, aunque quizá actuara con imprudencia. Puede que él fuera joven e inexperto, se dijo, pero seguía teniendo el poder de destrozarle la vida—. Estoy licenciada en Lengua y Literatura Rusa —siguió explicando, e intentó ofrecer una sonrisa cortés—. Soy la jefa del Departamento de Ruso de mi escuela, pero la mitad de los profesores se han ido a Occidente, y nos vemos obligados a improvisar. Por eso esta última semana he dado dos clases de inglés.

—¡O sea que tengo razón! Y en sus clases contamina las mentes de los niños con propaganda americana.

—Ah, vaya —profirió ella—. ¿Es por el folleto informativo de los soldados norteamericanos?

El sargento leyó una hoja con anotaciones.

—Aquí dice: «Tenga en cuenta que en la Alemania Oriental no hay libertad de expresión». ¿No es eso propaganda americana?

—Les expliqué a los alumnos que los americanos tienen un concepto premarxista de la libertad muy ingenuo —contestó Rebecca—. Supongo que su informante no mencionó nada de eso.

Se preguntó quién sería el chivato. Debía de ser un alumno, o quizá un padre al que le habían hablado de esa clase. La Stasi tenía más espías que los nazis.

—También dice: «Cuando esté en Berlín Este, no se dirija a los agentes de policía para preguntar una dirección. Al contrario que los policías estadounidenses, su cometido no es ayudarlo». ¿Qué tiene que decir a eso?

—¿No es verdad? —repuso ella—. Cuando era usted adolescente, ¿alguna vez le pidió a un *vopo* que le indicara cómo llegar a la estación del U-Bahn? —Los *vopos* eran agentes de la Volkspolizei, la policía de la Alemania del Este.

—¿No pudo encontrar algo más adecuado para enseñar a unos niños?

—¿Por qué no viene usted a nuestra escuela a dar la clase de inglés?

—¡Yo no hablo inglés!

—¡Tampoco yo! —exclamó Rebecca, y de inmediato lamentó haber alzado la voz.

Sin embargo, Scholz no estaba enfadado. De hecho, en cierto modo parecía intimidado. Era evidente que carecía de experiencia, pero ella no podía permitirse bajar la guardia.

—Tampoco yo —repitió, más calmada—. Así que voy inventando cosas sobre la marcha y aprovecho cualquier material en inglés que llega a mis manos. —Pensó que era el momento de mostrar un poco de falsa humildad—. Es evidente que he cometido un error, y lo siento mucho, sargento.

—Parece usted una mujer inteligente —comentó él.

Rebecca entornó los ojos. ¿Era una trampa?

—Gracias por el cumplido —dijo con un tono neutro.

—Necesitamos personas inteligentes, sobre todo mujeres.

—¿Para qué? —Estaba perpleja.

—Para tener los ojos bien abiertos, ver lo que sucede y hacernos saber cuándo algo va mal.

Rebecca se quedó estupefacta.

—¿Me está pidiendo que sea informante de la Stasi? —preguntó tras unos instantes.

—Es un trabajo importante, solidario —explicó el sargento—. Y fundamental en las escuelas, donde se forma la actitud de los jóvenes.

—Ya veo.

Lo que veía Rebecca era que ese sargento de la policía secreta había metido la pata hasta el fondo. La había investigado en su lugar de trabajo, pero no sabía nada acerca de su conocida familia. Si Scholz hu-

biese hecho averiguaciones sobre el entorno de Rebecca, jamás se habría dirigido a ella.

Ya imaginaba cómo debía de haber ocurrido. «Hoffmann» era un apellido muy común, y «Rebecca» tampoco era un nombre inusual. Era fácil que un novato cometiera el error de investigar a la Rebecca Hoffmann equivocada.

—Sin embargo, la gente que realiza ese trabajo debe ser absolutamente honrada y digna de confianza —siguió explicando el sargento.

Aquello era tan contradictorio que Rebecca casi no pudo contener la risa.

—¿Honrada y digna de confianza? —repitió—. ¿Para espiar a sus amigos?

—Desde luego. —Por lo visto no había percibido su ironía—. Y, además, tiene ventajas. —El sargento bajó la voz—. Sería usted una de nosotros.

—No sé qué decir.

—No tiene que decidirlo ahora. Vuelva a casa y piénselo. Pero no lo hable con nadie. Debe ser un secreto, evidentemente.

—Evidentemente.

Rebecca empezaba a sentir alivio. Scholz no tardaría mucho en descubrir que no era la persona adecuada para sus propósitos, y retiraría su oferta. Sin embargo, llegado ese punto ya le sería muy difícil dar marcha atrás e intentar incriminarla de nuevo por hacer propaganda del imperialismo capitalista. Tal vez lograra salir indemne de esa.

Scholz se puso de pie y Rebecca siguió enseguida su ejemplo. ¿Era posible que su visita a la jefatura de la Stasi terminara tan bien? Parecía demasiado bueno para ser cierto.

El sargento le sostuvo la puerta con cortesía y luego la acompañó a lo largo del pasillo. Cerca de las puertas del ascensor había un grupo de cinco o seis hombres de la Stasi conversando de forma animada. Uno de ellos le sonaba una barbaridad: era alto y de espaldas anchas, iba algo encorvado y llevaba un traje de franela gris claro que Rebecca conocía muy bien. Se lo quedó mirando, atónita, mientras se acercaba al ascensor.

Era su marido, Hans.

¿Qué hacía allí? Su primer pensamiento, fruto del miedo, fue que también a él lo hubieran sometido a un interrogatorio. Pero un instante después, por la forma en que estaban allí todos reunidos, se dio cuenta de que no lo trataban como a un sospechoso.

¿Qué, entonces? El corazón empezó a latirle con fuerza por el miedo, pero ¿de qué estaba asustada?

Tal vez su trabajo en el Ministerio de Justicia lo llevaba hasta allí de vez en cuando, pensó. Sin embargo, en ese momento oyó a uno de aquellos hombres decir:

—Pero, con el debido respeto, teniente...

Rebecca no pescó el resto de la frase. ¿Cómo que «teniente»? Los funcionarios no tenían rangos militares... ¡a menos que trabajaran para la policía!

Entonces Hans la vio.

Ella percibió todas las emociones que asomaron a su rostro: qué fácil era leerles la mente a los hombres. Al principio frunció el ceño, confuso, igual que si hubiera visto un objeto conocido en un contexto extraño, como una zanahoria en una biblioteca. Después abrió los ojos con espanto al comprender lo que estaba viendo, y su boca se abrió ligeramente. Sin embargo, fue la siguiente expresión la que más desconcertó a Rebecca: sus mejillas se oscurecieron con vergüenza y miró hacia otro lado con los ojos cargados de inequívoco sentimiento de culpa.

Ella no dijo nada durante unos segundos, intentando asimilar todo aquello. Después, sin entender aún lo que veía, se dirigió a él:

—Buenas tardes... teniente Hoffmann.

Scholz los miró con asombro y con miedo.

—¿Conoce usted al teniente?

—Bastante —respondió ella, luchando por no perder la compostura mientras una sospecha cobraba forma en su interior—. Empiezo a preguntarme si no me habrá tenido bajo vigilancia durante un tiempo.

Pero no era posible... ¿verdad?

—¿Ah, sí? —preguntó Scholz como un tonto.

Rebecca se quedó mirando a su marido esperando su reacción ante esa conjetura, con la esperanza de que la desterrara con una risa y enseguida le ofreciera una explicación inocente. Hans había abierto la boca como si fuera a hablar, pero ella se dio cuenta de que no tenía intención de decirle la verdad: al contrario, le pareció que su expresión era la de alguien que intenta inventar una historia a la desesperada pero no consigue que se le ocurra nada para explicar todos los detalles.

Scholz estaba al borde de las lágrimas.

—¡No lo sabía! —exclamó.

—Soy la esposa de Hans —dijo Rebecca sin dejar de mirarlo.

La expresión de su marido volvió a transformarse cuando la culpa dio paso a la rabia, y su rostro se convirtió en una máscara de furia. Al final tomó la palabra, pero no para decirle nada a Rebecca.

—Cierra la boca, Scholz.

Entonces ella estuvo segura, y su mundo se desmoronó a su alrededor.

Scholz estaba demasiado atónito para acatar la orden de Hans.

—¿Es usted... esa señora Hoffmann? —le preguntó a Rebecca.

Hans se movió llevado por el impulso de la rabia y arremetió contra Scholz con un potente rechazo que le dio en toda la cara. El joven se tambaleó hacia atrás con el labio abierto.

—Maldito imbécil —dijo Hans—. Acabas de tirar a la basura dos años de meticuloso trabajo secreto.

—Las llamadas extrañas, las reuniones imprevistas, las notas que rompías en pedazos... —masculló Rebecca.

Hans no tenía una amante.

Era peor que eso.

Se sentía aturdida, pero sabía que aquel era el momento de descubrir la verdad, mientras todos seguían desprevenidos, antes de que empezaran a contar mentiras e inventar tapaderas. Hizo un esfuerzo para no flaquear.

—¿Te casaste conmigo solo para espiarme, Hans? —preguntó con frialdad.

Él se la quedó mirando sin contestar.

Scholz se volvió y se alejó tambaleándose por el pasillo.

—Id tras él —ordenó Hans.

Entonces se abrió el ascensor. Rebecca entró justo cuando Hans gritaba:

—¡Detened a ese idiota y encerradlo en una celda!

Se volvió para hablar con ella, pero las puertas del ascensor se cerraron y Rebecca apretó el botón de la planta baja.

Cruzó el atrio sin ver apenas nada por culpa de las lágrimas. Nadie le dirigió la palabra; sin duda era común encontrar allí a personas llorando. Atravesó el aparcamiento mojado por la lluvia hasta llegar a la parada del autobús.

Su matrimonio era una farsa. Le costaba asimilarlo. Se había acostado con Hans, lo había amado, se había casado con él, y durante todo ese tiempo él la había engañado. Una infidelidad podría considerarse un desliz temporal, pero Hans le había mentado desde el principio. Debió de empezar a salir con ella para poder espiarla.

Era evidente que nunca había tenido intención de casarse. En un principio seguramente no pretendió más que flirtear con ella para poder meterse en casa de la familia. Pero el engaño había funcionado demasiado bien. Debió de resultarle una verdadera sorpresa que ella le propusiera matrimonio. Tal vez se había visto obligado a tomar una

decisión: romper con ella y abandonar la vigilancia, o casarse y continuarla. Quizá sus jefes le habían ordenado que aceptara. ¿Cómo podía haberle mentado tan a conciencia?

Un autobús se detuvo en la parada y ella subió. Avanzó con la cabeza gacha hasta un asiento cerca del fondo y se tapó la cara con las manos.

Rememoró su noviazgo. Cada vez que había sacado a colación los temas que se habían interpuesto en sus relaciones anteriores —su feminismo, su anticomunismo, su estrecha relación con Carla—, él le había dado todas las respuestas correctas. Rebecca había creído que los dos eran almas gemelas; tanto, que casi parecía milagroso. Jamás se le había ocurrido que pudiera estar fingiendo.

El autobús avanzó lentamente por el paisaje de escombros viejos y hormigón nuevo en dirección al céntrico barrio de Mitte. Rebecca intentó pensar en su futuro, pero no lo lograba. Lo único que conseguía era volver sobre el pasado una y otra vez. Recordó el día de su boda, la luna de miel, su año de casada, y de pronto lo vio todo como una obra en la que Hans había representado un papel. Le había robado dos años de su vida, y eso la enfureció tanto que dejó de llorar.

Recordó también la tarde en que le había pedido que se casara con ella. Estaban paseando por el Parque del Pueblo, en Friedrichshain, y se detuvieron delante de la vieja Fuente de los Cuentos de Hadas a contemplar las tortugas esculpidas en piedra. Ella se había puesto un vestido azul marino, el color que más la favorecía. Hans, una americana de tweed nueva: aunque la Alemania Oriental era un páramo de la moda, él siempre lograba encontrar buenas prendas. Entre sus brazos, Rebecca se sentía segura, protegida, valorada. Deseaba estar con un hombre para siempre, y ese hombre era él. «¿Por qué no nos casamos, Hans?», le propuso con una sonrisa. Él le dio un beso. «Qué idea más estupenda», respondió.

«Fui una tonta —pensó Rebecca, esta vez con ira—, una tonta y una boba.»

Una cosa quedaba explicada. Hans no había querido tener hijos todavía. Le había dicho que prefería conseguir primero otro ascenso y buscar una casa para ellos solos. Antes de la boda nunca le había comentado nada de todo eso, y a Rebecca le sorprendió, puesto que ya tenían una edad: ella había cumplido los veintinueve años y él los treinta y cuatro. Por fin conocía la verdadera razón.

Cuando se apeó del autobús estaba hecha una furia. Caminó deprisa, luchando contra el viento y la lluvia, hacia la vieja casona de varios pisos donde vivía. Desde el vestíbulo, por la puerta abierta del sa-

lón principal, vio que su madre estaba enfrascada en una conversación con Heinrich von Kessel, que también había sido concejal socialdemócrata de la ciudad después de la guerra. Rebecca pasó por delante de la puerta sin decir nada. Su hermana Lili, que tenía doce años, estaba haciendo los deberes en la mesa de la cocina. Oyó el gran piano en la sala de estar; era su hermano Walli, que tocaba un blues. Rebecca subió al piso de arriba, donde compartía dos habitaciones con su marido.

Lo primero que vio al entrar en una de ellas fue la maqueta. Hans había estado trabajando en ella durante todo el año que llevaban casados y su intención era construir un modelo a escala de la Puerta de Brandemburgo con cerillas y pegamento. Todos sus conocidos tenían que guardarle las cerillas gastadas. La maqueta estaba casi terminada y se alzaba sobre una mesita en el centro de la habitación. Ya había acabado el arco central y los laterales, y solo le faltaba la cuadriga, el carro con tiro de cuatro caballos que había en lo alto, lo más difícil.

«Debía de aburrirse mucho», pensó Rebecca con amargura. Estaba claro que aquel proyecto era una forma de pasar las tardes que se veía obligado a estar con una mujer a quien no amaba. Su matrimonio era como esa maqueta, una copia endeble de la realidad.

Se acercó a la ventana y contempló la lluvia. Un minuto después, un Trabant 500 de color canela aparcó junto a la acera y Hans bajó de él.

¿Cómo se atrevía a entrar en la casa?

Rebecca abrió la ventana de golpe sin hacer caso de la lluvia que el viento arrastraba al interior.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Él se detuvo en la acera mojada y levantó la cabeza.

La mirada de Rebecca recayó en un par de zapatos de Hans que había en el suelo, junto a ella. Estaban hechos a mano por un viejo zapatero que había encontrado su marido. Cogió uno y se lo lanzó. Tuvo buena puntería y, aunque él se agachó, el zapato le dio en la coronilla.

—¡Bruja loca! —gritó Hans.

Walli y Lili acudieron a la habitación pero se quedaron en el vano de la puerta, mirando a su hermana mayor como si se hubiera convertido en otra persona, lo cual seguramente era cierto.

—¡Tú te casaste por orden de la Stasi! —gritó Rebecca desde la ventana—. ¿Quién de los dos está loco?

Lanzó el otro zapato y erró el tiro.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Lili con voz atemorizada.

—Ha perdido la chaveta... —dijo Walli con una sonrisa burlona. Fuera, dos transeúntes se detuvieron a mirar y una vecina asomó

por un portal para observarlos, fascinada. Hans los fulminó con la mirada. Era un hombre orgulloso, le mortificaba verse humillado en público.

Rebecca miró a su alrededor en busca de algo más para lanzarle y sus ojos se posaron en la maqueta de cerillas de la Puerta de Brandemburgo.

Se sostenía sobre una tabla de contrachapado. La levantó. Pesaba, pero podía moverla.

—Ay, madre —exclamó Walli.

Rebecca llevó la maqueta hasta la ventana.

—¡Ni se te ocurra! ¡Eso es mío! —gritó Hans.

Ella apoyó la base de contrachapado en el alféizar.

—¡Me has destrozado la vida, matón de la Stasi! —replicó.

Una de las mujeres que curioseaban se echó a reír con unas carcajadas desdeñosas y burlonas que resonaron por encima del repiqueteo de la lluvia. Hans se encendió de ira y miró en derredor intentando identificar el origen de ese sonido, pero no lo logró. Que se rieran de él era la peor forma de tortura.

—¡Deja esa maqueta donde estaba, furcia! —rugió—. ¡Llevo un año trabajando en ella!

—El mismo tiempo que llevo yo trabajando en nuestro matrimonio —contestó Rebecca levantando la Puerta de Brandemburgo.

—¡Te lo ordeno! —gritó Hans.

Rebecca inclinó la maqueta por la ventana y la soltó. La madera giró en el aire de tal forma que la tabla quedó hacia arriba y la cuadriga hacia abajo. Parecía tardar mucho en llegar al suelo, y por un instante el tiempo se detuvo para Rebecca. Entonces la madera se estrelló contra el pavimento del patio produciendo un sonido similar al del papel cuando se arruga. La maqueta se hizo pedazos y las cerillas salieron disparadas como en una onda expansiva, cayeron sobre la piedra mojada y quedaron pegadas allí, formando una corona de destrucción. La tabla yacía plana en el suelo; todo lo que sostenía antes había quedado reducido a la nada.

Hans la estuvo mirando un buen rato con la boca abierta por la conmoción.

Cuando al fin se recuperó, señaló a Rebecca con un dedo.

—Escucha bien lo que te digo —advirtió con una voz tan fría que de repente ella sintió miedo—: te arrepentirás de esto, te lo aseguro. Tú y tu familia. Os arrepentiréis de esto el resto de vuestra vida. Te lo prometo.

Volvió a subir al coche y se alejó de allí.

2

La madre de George Jakes le preparó para desayunar beicon y tortitas de arándanos, todo acompañado de gachas de maíz.

—Si me acabo esto tendré que luchar con los pesos pesados —dijo George.

George estaba en setenta y siete kilos y era la estrella de los pesos medios del equipo de lucha de Harvard.

—Come como Dios manda y deja la lucha ya —repuso ella—. No te eduqué para que te convirtieras en un tonto que se dedica a dar puñetazos.

Se sentó frente a él a la mesa de la cocina y sirvió copos de maíz en un cuenco.

George no era tonto, y ella lo sabía. Se hallaba a punto de graduarse en la facultad de derecho de Harvard. Había terminado ya los exámenes finales y estaba bastante seguro de que los había aprobado. Ese día se encontraba en la modesta casa que tenía su madre en el condado de Prince George, Maryland, en las afueras de Washington, D. C.

—Quiero mantenerme en forma —adujo—. Puede que entrene al equipo de lucha de un instituto.

—Eso sí que merece la pena.

George miró a su madre con cariño. Jacky Jakes había sido guapa en sus tiempos, y él lo sabía; había visto fotografías de cuando era adolescente y aún aspiraba a convertirse en una estrella de cine. Todavía se la veía joven, su tez era de esas pieles de color chocolate oscuro a las que no le salían arrugas. «Al negro de raza la arruga no amenaza», decían las mujeres negras. Sin embargo, la boca ancha que le sonreía tan abiertamente desde esas fotos viejas tenía ahora las comisuras vueltas hacia abajo en una expresión de firme determinación. No había llegado a ser actriz, y tal vez nunca tuvo una oportunidad, porque los

papeles de mujeres negras, escasos, solían acabar en manos de bellezas mulatas de piel clara. De todas formas, su carrera terminó antes de haber empezado cuando se quedó embarazada de George a la edad de dieciséis años. Jacky se había ganado ese rostro angustiado criándolo ella sola en una casita diminuta de la parte de atrás de Union Station los primeros diez años de su vida, trabajando de camarera e inculcándole siempre a su hijo la importancia de esforzarse, estudiar y ganarse el respeto de los demás.

—Te quiero, mamá —dijo George—, pero aun así me uniré a los Viajeros de la Libertad.

Su madre apretó los labios en un gesto de reproche.

—Tienes veinticinco años —repuso—. Haz lo que te plazca.

—No, eso no es así. Todas las decisiones importantes que he tomado las he hablado siempre contigo. Seguramente siempre lo haré.

—Pues no veo que me hagas caso.

—No siempre, pero sigues siendo la persona más lista que conozco, y eso incluye a todos los de Harvard.

—Solo lo dices para dorarme la píldora —protestó ella, pero su hijo se dio cuenta de que estaba encantada.

—Mamá, el Tribunal Supremo ha dictaminado que la segregación en los autobuses interestatales y las estaciones de autobús es inconstitucional... pero esos sureños se empeñan en desafiar la ley. ¡Tenemos que hacer algo!

—¿Y de qué crees que va a servir que te subas a ese autobús?

—Saldremos de aquí, de Washington, y viajaremos hacia el Sur. Nos sentaremos en la parte de delante, usaremos las salas de espera que son «solo para blancos» y pediremos que nos sirvan en las cafeterías «solo para blancos» y, cuando se nieguen, les diremos que la ley está de nuestra parte y que los delincuentes y los alborotadores son ellos.

—Hijo, ya sé que tienes toda la razón. A mí no tienes que convenirme, entiendo la Constitución, pero ¿qué crees que ocurrirá?

—Supongo que tarde o temprano nos detendrán. Luego habrá un juicio y defenderemos nuestro caso ante el mundo entero.

Ella sacudió la cabeza.

—Espero que sea así de fácil, de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Creciste siendo un privilegiado —contestó su madre—. Por lo menos desde que tu padre blanco volvió a entrar en nuestra vida, cuando tenías seis años. No sabes cómo es el mundo para la mayoría de la gente de color.

—Ojalá no dijeras eso. —George se sentía herido; era la misma acusación que le dirigían los activistas negros, y le molestaba—. Tener un abuelo blanco y rico que me paga los estudios no me convierte en un ciego. Sé lo que está ocurriendo.

—Entonces tal vez sepas que una detención sería lo menos horrible que podría sucederte. ¿Y si la cosa se pone fea?

George era consciente de que su madre tenía razón. Los voluntarios de los Viajeros de la Libertad se arriesgaban quizá a algo peor que la cárcel. Aun así, él solo quería tranquilizarla.

—Me han dado clases de resistencia pasiva —explicó. Todos los seleccionados para el primer viaje de la libertad eran activistas por los derechos civiles con experiencia y se habían sometido a un programa de formación especial que incluía ejercicios basados en juegos de rol—. Un blanco que fingía ser un paleta sureño me llamó «negro de mierda», me zarandé de aquí para allá y me sacó de la sala arrastrándome por los tobillos... Y yo le dejé hacerlo, aunque podría haberlo tirado por la ventana con un solo brazo.

—¿Qué blanco?

—Un defensor de los derechos civiles.

—No era una situación real.

—Claro que no. Representaba un papel.

—De acuerdo —dijo su madre, y por su tono George supo que quería decir todo lo contrario.

—No sucederá nada, mamá.

—No pienso decir una palabra más. ¿Vas a comerte esas tortitas?

—Mírame —insistió George—. Traje de mohair, corbata fina, pelo muy corto y unos zapatos que brillan tanto que podría usar las punteras como espejo para afeitarme. —Solía vestir siempre con mucha elegancia, pero los Viajeros de la Libertad tenían la consigna de ofrecer un aspecto de respetabilidad absoluta.

—Estás muy guapo, menos por esa oreja de coliflor.

A George se le había deformado la oreja derecha luchando.

—¿Quién querría hacerle daño a un chico de color tan majo como yo?

—No tienes ni idea —respondió ella con una rabia inesperada—. Esos sureños blancos no... —Para consternación de su hijo, se le saltaron las lágrimas—. Ay, Dios mío, es que tengo tanto miedo de que te maten.

George alargó el brazo por encima de la mesa y le apretó la mano.

—Tendré cuidado, mamá, te lo prometo.

Jacky se secó los ojos con el delantal. El chico comió un poco de beicon solo para complacerla, porque en realidad no tenía demasiada

hambre. Estaba más nervioso de lo que quería demostrar. Su madre no exageraba. Algunos activistas de los derechos civiles se habían opuesto al movimiento de los Viajeros de la Libertad argumentando que provocaría violencia.

—Vas a estar mucho tiempo en ese autobús —dijo Jacky.

—Trece días, desde aquí hasta Nueva Orleans. Pararemos todas las noches para celebrar mítines y concentraciones.

—¿Qué te llevas para leer?

—La autobiografía de Mahatma Gandhi.

George sentía que debía conocer mejor la figura de Gandhi, cuya filosofía había inspirado las tácticas de protesta no violenta del movimiento de los derechos civiles.

Su madre alcanzó un libro que tenía encima de la nevera.

—Puede que esto te resulte algo más entretenido. Es un éxito de ventas.

Siempre compartían libros. El padre de ella había sido profesor en una facultad para negros, y Jacky había leído mucho desde pequeña. Cuando George era un niño, los dos leían juntos las populares novelas infantiles de los gemelos Bobbsey y los misterios de los Hardy Boys, aunque todos esos personajes eran blancos. Con el tiempo, habían cogido la costumbre de pasarse los libros que les gustaban. George miró el volumen que tenía en la mano. La cubierta de plástico transparente le decía que era un préstamo de la biblioteca pública.

—*Matar a un ruiseñor* —leyó—. Acaba de ganar el Premio Pulitzer, ¿verdad?

—Y está ambientada en Alabama, adonde vas a ir.

—Gracias.

Unos minutos después se despidió de su madre con un beso, salió de casa cargado con una maleta pequeña y tomó el autobús hacia Washington.

Bajó en la estación central de las líneas interestatales Greyhound, en cuya cafetería se había reunido ya un pequeño grupo de activistas de los derechos civiles. George conocía a algunos de las sesiones de formación. Eran una mezcla de blancos y negros, hombres y mujeres, mayores y jóvenes. Además de una buena decena de viajeros de la libertad, había también algunos organizadores del Congreso para la Igualdad Racial, un par de periodistas de la prensa negra y unos cuantos partidarios. El Congreso para la Igualdad Racial había decidido dividir el grupo en dos, y la mitad saldría desde la estación de las líneas Trailways, al otro lado de la calle. No había pancartas ni cámaras de la televisión; todo era muy discreto, lo cual resultaba tranquilizador.

George saludó a Joseph Hugo, estudiante de Derecho igual que él, un chico blanco con unos ojos azules que llamaban mucho la atención. Juntos habían organizado un boicot contra el restaurante Woolworth's en Cambridge, Massachusetts. En los locales de la cadena Woolworth's de casi todos los estados ya no había segregación, pero en el Sur seguían separando a blancos y negros, igual que hacían las líneas de autobuses. Joe solía desaparecer siempre justo antes de las confrontaciones, por lo que George lo había catalogado de cobarde con buenas intenciones.

—¿Vienes con nosotros, Joe? —preguntó intentando que no se le notara el escepticismo en la voz.

Joe negó con la cabeza.

—Solo me he acercado a desearos buena suerte.

Fumaba unos cigarrillos mentolados largos con filtro blanco, y en ese momento daba golpecitos nerviosos con uno en el borde de un cenicero de latón.

—Lástima. Eres del Sur, ¿verdad?

—De Birmingham, Alabama.

—Van a decir que somos forasteros con ganas de pelea. Nos habría ido bien tener a un sureño en el autobús para quitarles la razón.

—No puedo, tengo cosas que hacer.

George no lo presionó. Él mismo estaba también bastante asustado. Si empezaba a debatir sobre los posibles peligros, puede que se convenciera para no ir. Paseó la mirada por el grupo. Se alegró de ver a John Lewis, un estudiante de Teología que impresionaba por su serenidad y era miembro fundador del Comité Coordinador Estudiantil No Violento, el más radical de los grupos pro derechos civiles.

El jefe de los organizadores pidió la atención de todos y se dispuso a ofrecer una breve declaración para la prensa. Mientras estaba hablando, George vio entrar discretamente en la cafetería a un hombre blanco, alto, de unos cuarenta años, que llevaba un traje de hilo arrugado. Era apuesto aunque grueso, y en su rostro se veía el rubor del bebedor. Parecía un pasajero de los autobuses, así que nadie se fijó en él. Se sentó junto a George, le pasó un brazo por los hombros y le dio un breve abrazo.

Era el senador Greg Peshkov, el padre de George.

Su parentesco era un secreto a voces y, aunque nunca se había reconocido públicamente, todos los que trabajaban en Washington lo sabían. Greg no era el único político que tenía un secreto así. El senador Strom Thurmond le había pagado la universidad a la hija de la criada de la familia; se rumoreaba que la chica era suya... lo cual no impedía que Thurmond fuese un segregacionista acérrimo. Cuando

Greg se presentó ante su hijo de seis años siendo un completo desconocido para él, le había pedido a George que lo llamara «tío Greg», y jamás habían encontrado un eufemismo mejor.

Greg era egoísta y poco de fiar, pero a su manera se había ocupado de George. De adolescente, el chico había atravesado una larga fase de rabia contra su padre, pero después había llegado a aceptarlo por lo que era y había supuesto que tener medio padre era mejor que no tener ninguno.

—George —dijo Greg en voz baja—, estoy preocupado.

—Mamá también.

—¿Qué te ha dicho?

—Cree que los sureños van a matarnos a todos.

—No creo que eso ocurra, pero sí podrías perder tu trabajo.

—¿Te ha dicho algo el señor Renshaw?

—No, puñetas. Todavía no sabe nada de todo esto, pero no tardará en descubrirlo si te detiene la policía.

Renshaw, nacido en Buffalo, era un amigo de la infancia de Greg, además de socio mayoritario de un prestigioso bufete de abogados de Washington, Fawcett Renshaw. El verano anterior Greg le había conseguido a George una plaza cubriendo unas vacaciones como pasante en el bufete y, tal como habían esperado ambos, el puesto temporal se había convertido en una oferta de trabajo a jornada completa para después de su graduación. Era todo un golpe de efecto: George sería el primer negro en trabajar allí sin formar parte del personal de limpieza.

—Los Viajeros de la Libertad no infringimos la ley —dijo George con cierta nota de crispación en la voz—. Intentamos conseguir que la ley se cumpla. Los delincuentes son los segregacionistas. Esperaba que un abogado como Renshaw lo entendería.

—Lo entiende, pero aun así no puede contratar a un hombre que haya tenido problemas con la policía. Créeme, lo mismo sucedería si fueras blanco.

—¡Pero si estamos del lado de la ley!

—La vida es injusta. Se te acabaron los días de estudiante; bienvenido al mundo real.

—¡Que todo el mundo compre su billete y revise su maleta, por favor! —anunció el jefe.

George se levantó.

—No lograré convencerte para que no vayas, ¿verdad? —preguntó Greg.

Se lo veía tan abatido que George deseó ser capaz de contentarlo, pero no podía.

—No, estoy decidido —respondió.

—Entonces, por favor, al menos intenta ir con cuidado.

George se emocionó.

—Tengo suerte de contar con personas que se preocupan por mí —dijo—. Y lo sé.

Greg le apretó el brazo y se marchó sin llamar la atención.

George se colocó en fila frente a la ventanilla con los demás y compró un billete a Nueva Orleans. Caminó hacia el autobús azul y gris y entregó su maleta para que la metieran en el compartimento de equipajes. El autobús llevaba pintado en el costado un enorme galgo, el perro que daba nombre a la compañía, y también su eslogan: QUÉ COMODIDAD VIAJAR EN AUTOBÚS... Y DEJARNOS LA CONDUCCIÓN A NOSOTROS. George subió al vehículo.

Uno de los organizadores lo dirigió a un asiento situado cerca del conductor, a otros les pidió que ocuparan plazas interraciales. El conductor no prestó mayor atención a los viajeros de la libertad, y los pasajeros corrientes solo parecían sentir una ligera curiosidad. George abrió el libro que le había dado su madre y leyó la primera frase.

Un momento después el jefe de los organizadores le indicó a una de las chicas que se sentara al lado de George. Él la saludó con un gesto de la cabeza, contento. La había visto ya en un par de ocasiones y le gustaba. Se llamaba Maria Summers. Iba arreglada con recato, llevaba un vestido de algodón gris pálido con cuello cerrado y falda amplia. Tenía la misma tez de profundo color oscuro que la madre de George, una preciosa nariz chata y unos labios que le hacían pensar en besarla. Sabía que estudiaba en la facultad de derecho de Chicago y, como él, estaba a punto de graduarse, así que seguramente tenían la misma edad. Suponía que la chica no solo era lista, sino también muy decidida; debía de serlo si había conseguido entrar en la facultad de Chicago con dos puntos en su contra, puesto que era mujer y negra.

George cerró el libro cuando el conductor puso el motor en marcha y arrancó. Maria bajó la mirada hacia su lectura.

—*Matar a un ruiseñor* —comentó—. El verano pasado estuve en Montgomery, Alabama.

Montgomery era la capital del estado.

—¿Cómo es que fuiste allí? —preguntó George.

—Mi padre es abogado y tenía un cliente que se querelló contra el estado de Alabama. Estuve trabajando para él durante las vacaciones.

—¿Y ganasteis?

—No... Pero no quiero interrumpir tu lectura.

—¡Qué dices! Puedo leer en cualquier otra ocasión. ¿Cuántas veces

tiene uno la suerte de estar en un autobús, sentado al lado de una chica tan guapa como tú?

—Madre mía —exclamó ella—. Ya me habían advertido que tenías mucha labia.

—Si quieres, te cuento cuál es mi secreto.

—De acuerdo, ¿cuál es?

—Que soy sincero.

Maria se echó a reír.

—Pero, por favor, no vayas diciéndolo por ahí —pidió él—. Acabarías con mi reputación.

El autobús cruzó el Potomac y puso rumbo hacia Virginia por la Autopista 1.

—Ahora ya estás en el Sur, George —dijo Maria—. ¿No tienes miedo?

—Pues claro que sí.

—Yo también.

La autopista era una franja estrecha y recta que cruzaba kilómetros de bosque de un verde primaveral. Pasaron por ciudades pequeñas donde los hombres tenían tan poco que hacer que se detenían a contemplar el paso del autobús. Pero George no miraba mucho por la ventanilla. Supo que Maria había crecido en una familia estricta, de las que iban siempre a la iglesia, y que su abuelo era predicador. George comentó que iba al templo sobre todo para tener contenta a su madre, y Maria confesó que ella hacía lo mismo. Estuvieron hablando durante todo el trayecto hasta Fredericksburg, situada a unos ochenta kilómetros de Washington.

Los viajeros de la libertad se quedaron callados cuando el autobús entró en aquella pequeña ciudad histórica donde seguía imperando la supremacía blanca. La terminal de Greyhound quedaba entre dos iglesias de ladrillo rojo con puertas blancas, pero el cristianismo no era necesariamente una buena señal en el Sur. Cuando el autobús se detuvo, George vio los lavabos y se sorprendió de que no hubiera encima de las puertas ninguna señal que indicara SOLO BLANCOS y SOLO NEGROS.

Los pasajeros bajaron del vehículo y se quedaron allí de pie, parpadeando contra el sol. Al mirar con atención, George vio unas marcas de color más claro encima de las puertas de los lavabos y dedujo que habían retirado los carteles de la segregación hacía muy poco.

Los viajeros de la libertad pusieron en marcha su plan de todas formas. Primero un organizador blanco entró en los destartados servicios de la parte de atrás, que claramente eran los destinados a los negros. Salió de allí ileso, pero esa era la parte más fácil de la misión.

George ya se había ofrecido voluntario para ser el negro que desafiara las normas.

—Allá vamos —le dijo a Maria, y se dispuso a entrar en los lavabos limpios y recién pintados a los que sin ninguna duda acababan de retirarles el cartel de SOLO BLANCOS.

Dentro había un joven blanco peinándose el tupé. Miró a George en el espejo pero no dijo nada. George estaba demasiado asustado para orinar, pero tampoco podía volver a salir de allí sin haber hecho nada, así que se lavó las manos. El joven se fue y un hombre mayor entró y se encerró en un compartimento. George se secó las manos en el rollo de toalla. Ya no tenía más que hacer, así que salió.

Los demás estaban esperándolo, y él se encogió de hombros antes de hablar.

—Nada. Nadie ha intentado detenerme, no me han dicho nada.

—Yo he pedido una Coca-Cola en la barra y la camarera me la ha servido —dijo Maria—. Creo que aquí alguien ha decidido evitarse problemas.

—¿Va a ser así durante todo el trayecto hasta Nueva Orleans? —preguntó George—. ¿Piensan actuar como si no ocurriera nada? Y después, cuando nos hayamos ido, ¿impondrán otra vez la segregación? ¡Eso echa por tierra nuestro propósito!

—No te preocupes —replicó Maria—. He conocido a la gente que dirige Alabama. Créeme, no son tan listos.

3

Walli Franck tocaba el piano en la sala de estar del primer piso. El instrumento era un piano de cola Steinway que el padre de Walli mantenía afinado para que la abuela Maud pudiera tocarlo. Walli interpretaba de memoria el *riff* de la canción *A Mess of Blues*, de Elvis Presley. Era una pieza en do, lo cual facilitaba las cosas.

Su abuela estaba sentada leyendo las necrológicas del *Berliner Zeitung*. A sus setenta años, era una mujer delgada y de porte erguido, y llevaba puesto un vestido de cachemira de color azul oscuro.

—Se te da bien ese tipo de música —comentó sin levantar la vista del periódico—. Has heredado mi oído, además de mis ojos verdes. Tu abuelo Walter, que en gloria esté y por quien te pusieron tu nombre, nunca aprendió a tocar ragtime. Intenté enseñarle, pero no hubo manera.

—¿Tú tocabas ragtime? —Walli estaba sorprendido—. Tenía entendido que solo interpretabas música clásica.

—El ragtime nos salvó de morir de hambre cuando tu madre era una cría. Después de la Primera Guerra Mundial, trabajé en un club llamado *Nachtleben*. Estaba aquí mismo, en Berlín. Aunque me pagaban varios billones de marcos la noche, con eso apenas llegaba para comprar pan. Sin embargo, a veces recibía propinas en moneda extranjera, y dos dólares nos daban para vivir bien una semana.

—Vaya.

A Walli le costaba imaginar a su anciana abuela tocando el piano a cambio de propinas en un club nocturno.

La hermana de Walli entró en la habitación. Lili era casi tres años menor que él, y últimamente no sabía cómo tratarla. Desde que tenía uso de razón, su hermana le había resultado una lata, una especie de hermano pequeño pero más pesado. Sin embargo, desde hacía un tiem-

po Lili se había vuelto más sensata y, para complicar las cosas, a algunas de sus amigas les habían crecido los pechos.

Walli le dio la espalda al piano y cogió la guitarra. La había comprado hacía un año en una casa de empeños del Berlín occidental, donde seguramente la había dejado en depósito un soldado estadounidense a cambio de un dinero que nunca llegó a devolver. Era una Martin y, aunque le había salido barata, a Walli le parecía bastante buena. Suponía que ni el prestamista ni el soldado habían sabido apreciar su verdadero valor.

—Escucha esto —le dijo a Lili, y empezó a tocar *All My Trials*, una canción con melodía bahamesa y letra en inglés que había oído en las emisoras de radio occidentales y que, por lo visto, gozaba de popularidad entre los grupos folk estadounidenses.

Los acordes menores la convertían en una pieza melancólica y Walli estaba muy satisfecho con el lánguido punteo de acompañamiento que había improvisado.

Cuando terminó, la abuela Maud miró por encima del periódico.

—Tienes un acento absolutamente espantoso, Walli, querido —dijo en inglés.

—Lo siento.

Maud pasó al alemán.

—Pero cantas muy bien.

—Gracias. —Walli se volvió hacia Lili—. ¿Qué te parece la canción?

—Es un poco deprimente —contestó su hermana—. Puede que me guste más después de oírla varias veces.

—Pues vaya chasco —dijo Walli—. Quería tocarla esta noche en el Minnesänger.

Se trataba de un local de música folk del Berlín occidental, situado en una calle que daba a Kurfürstendamm y cuyo nombre significaba «trovador».

El anuncio sorprendió a Lili.

—¿Vas a cantar en el Minnesänger?

—Es una noche especial. Celebran un concurso donde puede tocar quien quiera. Al ganador le dan la oportunidad de actuar de manera periódica.

—No sabía que ahora se hicieran esas cosas.

—No suelen hacerlo. Se trata de algo excepcional.

—¿No hay que ser mayor para que te dejen entrar en esos sitios? —preguntó la abuela Maud.

—Sí, pero no es la primera vez que voy.

—Walli parece mayor de lo que es —apuntó Lili.

—Ya...

—Nunca has cantado en público, ¿no estás nervioso? —le preguntó Lili a su hermano.

—Y que lo digas.

—Deberías cantar algo más alegre.

—Creo que tienes razón.

—¿Qué te parece *This Land is Your Land*? Me encanta.

Walli la tocó y Lili cantó a coro con él.

Justo entonces entró Rebecca, su hermana mayor. Walli la adoraba. Después de la guerra, mientras sus padres trabajaban de sol a sol para llevar el pan a casa, Rebecca solía quedarse a cargo de Walli y Lili. Era como una segunda madre, aunque menos estricta.

Además, ¡menuda era Rebecca! Walli había presenciado con pasma cómo arrojaba por la ventana la maqueta hecha con cerillas de su marido. A Walli nunca le había gustado Hans, y se regocijó en secreto cuando lo vio marchar.

El rumor de que Rebecca se había casado con un oficial de la Stasi sin saber a lo que este se dedicaba en realidad estaba en boca de todos los vecinos. Gracias a ello, Walli había ganado cierto prestigio en la escuela, donde hasta ese momento a nadie se le había ocurrido que los Franck tuvieran nada especial. A las chicas en concreto les fascinaba la idea de que la policía hubiera estado informada de todo lo que se había dicho y hecho en aquella casa durante cerca de un año.

A pesar de que Rebecca era su hermana, Walli sabía apreciar su belleza. Tenía muy buen tipo, y sus bonitas facciones transmitían bondad a la vez que carácter. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que su hermana había llegado con cara de funeral y dejó de tocar.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me han despedido —contestó ella.

La abuela Maud bajó el periódico.

—¡Pero eso es un disparate! —exclamó Walli—. ¡Los chicos de tu escuela dicen que eres su mejor maestra!

—Lo sé.

—¿Por qué te han echado?

—Creo que es la forma que tiene Hans de vengarse.

Walli recordó la reacción de Hans al ver la maqueta destrozada y miles de cerillas esparcidas sobre el suelo mojado. «Te arrepentirás de esto», había gritado bajo la lluvia, vuelto hacia la ventana. Walli se lo había tomado como una bravuconada, aunque si lo hubiera pensado bien se habría dado cuenta de que un agente de la policía secreta tenía

la potestad de cumplir aquel tipo de amenazas. «Tú y tu familia», había vociferado Hans, con lo que Walli quedaba incluido en la maldición. Se estremeció.

—¿No andan escasos de maestros? —preguntó la abuela Maud.

—Bern Held está hecho una furia —dijo Rebecca—, pero las órdenes vienen de arriba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lili.

—Buscar otro trabajo. No creo que sea difícil. Las referencias que me ha dado Bernd son muy elogiosas y no hay escuela de la Alemania Oriental que no necesite maestros después de todos los que se han trasladado a la parte occidental.

—Tendrías que hacer lo mismo —opinó Lili.

—Tendríamos que hacerlo todos —matizó Walli.

—Mamá no querrá, ya lo sabes —repuso Rebecca—. Dice que hay que enfrentarse a los problemas, no huir de ellos.

En ese momento entró el padre de Walli, vestido con traje y chaleco de color azul oscuro, algo anticuados aunque elegantes.

—Buenas tardes, Werner, querido —lo saludó la abuela Maud—. Rebecca necesita un trago. La han despedido.

La abuela acostumbraba a recomendar que la gente se sirviera un trago. De ese modo aprovechaba y se servía otro para ella.

—Ya sé lo de Rebecca —contestó el padre de Walli con sequedad—. He hablado con ella.

Estaba de mal humor. Era la única explicación para que se hubiera dirigido de manera tan descortés a su suegra, a quien quería y admiraba. Walli se preguntó qué habría ocurrido para que estuviera tan disgustado.

No tardó en averiguarlo.

—Acompáñame al estudio, Walli —ordenó su padre—. Quiero hablar contigo.

El hombre cruzó las puertas dobles y entró en una salita de menor tamaño que utilizaba a modo de despacho. Walli lo siguió. Su padre tomó asiento detrás del escritorio, aunque Walli sabía que él debía permanecer de pie.

—Hace un mes tuvimos una conversación sobre el tabaco —empezó a decir Werner.

Walli se sintió culpable de inmediato. Empezó a fumar para parecer mayor, pero había acabado tomándole el gustillo y se había convertido en un hábito.

—Me prometiste que lo dejarías —prosiguió su padre.

En opinión de Walli, no era de su incumbencia si fumaba o no.

—¿Lo has dejado?

—Sí —mintió Walli.

—¿Sabes que el tabaco apesta?

—Eso creo.

—Lo he olido en cuanto he entrado en el salón.

Walli se sintió como un bobo. Lo habían pillado diciendo una mentira pueril, cosa que no lo ayudaba a acercarse a posiciones con su padre.

—Por eso sé que no lo has dejado.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

Walli aborreció el tono despectivo que detectó en su propia voz.

—Esperaba que me dijeras la verdad.

—Esperabas poder pillarme.

—Cree lo que quieras. Supongo que llevarás un paquete en el bolsillo.

—Sí.

—Déjalo en la mesa.

Walli lo sacó del pantalón y lo arrojó sobre el escritorio con gesto airado. Su padre cogió la cajetilla y la lanzó con indiferencia al interior de un cajón. Era un paquete de Lucky Strike, no de aquella marca alemana oriental de menor calidad llamada «f6», y además estaba casi entero.

—No saldrás en un mes —dijo su padre—. Así al menos no frecuentarás bares donde la gente toca el banjo y fuma como un carretero.

Walli sintió que el pánico le formaba un nudo en el estómago, aunque intentó conservar la calma y no perder los estribos.

—No es un banjo, es una guitarra. Y no pienso quedarme un mes sin salir.

—No digas tonterías, harás lo que se te ordene.

—Está bien, pero el castigo empieza mañana —dijo Walli a la desesperada.

—Empieza ahora mismo.

—Pero esta noche tengo que ir al Minnesänger.

—Ese es justo el tipo de lugares de los que quiero apartarte.

¡Aquel hombre no atendía a razones!

—No saldré durante un mes a partir de mañana, ¿de acuerdo?

—El castigo no se adaptará según convenga a tus intereses. Eso contradiría su finalidad. Su propósito es causarte molestias.

Cuando su padre estaba de aquel humor, no había forma de que diera su brazo a torcer, pero la frustración ofuscaba a Walli, que lo intentó de todos modos.

—¡No lo entiendes! Esta noche participo en un concurso en el Minnesänger, es una oportunidad única.

—¡No pienso posponer tu castigo para que vayas a tocar el banjo!

—¡Es una guitarra, viejo estúpido! ¡Una guitarra! —vociferó Walli, y abandonó el estudio.

Como era de esperar, las tres mujeres de la habitación contigua lo habían oído todo y se lo quedaron mirando.

—Walli... —dijo Rebecca.

Walli cogió su guitarra y salió de allí.

Cuando llegó a la planta baja todavía no tenía un plan, solo rabia, pero supo qué hacer en cuanto vio la puerta de la calle. Salió de la casa con la guitarra en la mano y cerró dando tal portazo que temblaron las paredes.

Una de las ventanas del primer piso se abrió de sopetón.

—¡Vuelve aquí! ¿Me has oído? ¡Vuelve aquí ahora mismo si no quieres empeorar las cosas! —oyó gritar a su padre.

Walli no se detuvo.

Al principio solo estaba enfadado, pero al cabo de un rato se sintió eufórico. Había desafiado a su padre, ¡incluso lo había llamado «viejo estúpido»! Se encaminó hacia el oeste con paso desenfadado. Sin embargo, la euforia no tardó en desvanecerse y empezó a preguntarse cuáles serían las consecuencias. Su padre no se tomaba la desobediencia a la ligera. Daba órdenes a sus hijos y empleados y esperaba que estos las acataran. Aunque ¿qué iba a hacerle? Walli ya era demasiado mayor para recibir azotainas. Su padre había intentado encerrarlo en casa como si se tratara de una prisión, pero no lo había conseguido. En ocasiones lo amenazaba con sacarlo de la escuela y ponerlo a trabajar en el negocio familiar, pero Walli creía que era una bravuconada. Su padre no se sentiría cómodo con un adolescente lleno de rencor deambulando por su preciosa fábrica. En cualquier caso, Walli tenía la sensación de que al viejo se le ocurriría algo.

La calle por la que caminaba pasaba a pertenecer al Berlín occidental a partir del siguiente cruce. En una de sus esquinas holgazaneaban tres *vopos*, tres policías de la Alemania Oriental, fumando un cigarrillo. Tenían derecho a dar el alto a cualquiera que cruzara la frontera invisible, aunque resultaba imposible parar a todo el mundo ya que eran decenas de miles de personas las que atravesaban a diario, entre ellas muchos *Grenzgänger*, berlineses orientales que trabajaban en el lado occidental a cambio de sueldos mayores, que recibían en valiosos marcos alemanes. El padre de Walli era un *Grenzgänger*, aunque él trabajaba para obtener beneficios, no a cambio de un sueldo. El propio

Walli cruzaba al menos una vez a la semana, por lo general para ir con sus amigos a los cines del Berlín occidental, donde proyectaban películas estadounidenses con escenas eróticas y violentas, más emocionantes que las fábulas moralizadoras de las salas comunistas.

En la práctica, los *vopos* paraban a quienes les llamaban la atención. Las familias que pretendían pasar al completo, padres e hijos juntos, tenían muchas probabilidades de que les dieran el alto, ya que levantaban la sospecha de querer abandonar la zona oriental de manera definitiva, sobre todo si llevaban equipaje. Otro grupo de personas a quienes los *vopos* disfrutaban acosando eran los adolescentes, en especial si vestían a la moda occidental. Muchos chicos del Berlín oriental pertenecían a pandillas que desafiaban el orden establecido, como los Texas Gang, los Jeans Gang o la Asociación de Admiradores de Elvis Presley. Odiaban a la policía y la policía los odiaba a ellos.

Walli llevaba unos pantalones negros normales y corrientes, una camiseta blanca y un chubasquero marrón claro. Consideraba que tenía un aspecto moderno, un poco a lo James Dean, pero no tanto como para que lo tomaran por miembro de una pandilla. Sin embargo, la guitarra podía hacer que se fijaran en él. Era el símbolo por antonomasia de lo que llamaban la «incultura americana», era incluso peor que un cómic de Superman.

Cruzó la calle procurando no mirar a los *vopos*. Con el rabillo del ojo creyó ver que uno de ellos se había fijado en él, pero no le dijeron nada y cruzó al mundo libre sin que le dieran el alto.

Subió a un tranvía que bordeaba el lado sur del parque hasta Ku'damm mientras iba pensando que lo mejor del Berlín occidental era que absolutamente todas las chicas llevaban medias.

Se dirigió al Minnesänger Club, un sótano situado en una calle que desembocaba en Ku'damm y donde servían cerveza suave y salchichas de Frankfurt. Había llegado pronto, pero el local ya había empezado a llenarse. Walli habló con el joven dueño del lugar, Danni Hausmann, y se apuntó en la lista de participantes. Pidió una cerveza sin que nadie le preguntara cuántos años tenía. Había un montón de chicos con guitarra, igual que él, casi el mismo número de chicas y alguna que otra persona de mayor edad.

El concurso empezó una hora después. Cada participante concursaba con dos canciones. Algunos de los competidores eran aficionados sin demasiado futuro que se limitaban a tocar acordes sencillos, pero, para consternación de Walli, había varios guitarristas más diestros que él. Casi todos se parecían a los artistas estadounidenses cuyo material copiaban. Tres hombres vestidos como The Kingston Trio interpreta-

ron *Tom Dooley*, y una chica morena de pelo largo y con una guitarra cantó *The House of the Rising Sun* igual que Joan Baez y se ganó los aplausos y las ovaciones del público.

Una pareja algo mayor y vestida de pana subió al escenario y escogió una canción bucólica titulada *Im Märzen der Bauer*, con acompañamiento de acordeón. Se trataba de música folk, aunque no la que deseaba oír aquel público. Obtuvieron una ovación inesperada, pero estaban desfasados.

Walli aguardaba su turno, cada vez más impaciente, cuando se le acercó una chica guapa. Le ocurría a menudo. Él creía tener un rostro raro, con aquellos pómulos altos y los ojos almendrados, como si fuera medio japonés, pero muchas chicas lo consideraban atractivo. Aquella en concreto dijo que se llamaba Karolin y parecía un año o dos mayor que él. Era rubia, y su melena, larga, lacia y con la raya peinada en medio, enmarcaba un rostro ovalado. Lo primero que pensó Walli fue que era idéntica a las demás chicas aficionadas al folk, pero la sonrisa deslumbrante de aquella lo dejó sin respiración.

—Iba a participar en el concurso con mi hermano y su guitarra, pero me ha fallado. Supongo que no te apetecerá formar un dúo conmigo, ¿verdad?

El primer impulso de Walli fue rechazar la oferta. Tenía un repertorio de canciones y ninguna se había escrito para un dúo, pero Karolin era encantadora y él necesitaba una razón para seguir hablando con ella.

—Tendríamos que ensayar —dijo sin demasiada convicción.

—Podemos salir fuera. ¿Qué ibas a tocar?

—*All My Trials* y luego *This Land is Your Land*.

—¿Qué te parece *Noch Einen Tanz*?

No formaba parte del repertorio de Walli, pero se sabía la melodía y no era complicada.

—Ni se me había pasado por la cabeza tocar una pieza cómica —comentó.

—Al público le encantará. Tú puedes cantar la parte del hombre, en la que le dice a la mujer que se vaya a casa a cuidar de su marido enfermo, a continuación yo canto lo de «un baile más y ya está», y luego podemos hacer juntos el último verso.

—Probemos.

Salieron del local. Estaban a principios de verano y todavía había luz, de modo que se sentaron a ensayar en los escalones de un portal. Sus voces combinaban bastante bien y Walli improvisó una armonía en el verso final.

Pensó que Karolin tenía una voz de contralto pura que podía le-

vantar pasiones, por lo que propuso que la segunda canción fuera triste, para contrastar. Karolin rechazó *All My Trials* porque le resultaba demasiado deprimente, pero le gustaba *Nobody's Fault But Mine*, un espiritual lento. Cuando lo ensayaron, a Walli se le erizó el vello de la nuca.

Un soldado estadounidense que entraba en el local les sonrió.

—¡Dios mío, si son los gemelos Bobbsey! —exclamó en inglés.

Karolin se echó a reír.

—Creo que nos parecemos mucho, los dos somos rubios y tenemos los ojos verdes. ¿Quiénes son los gemelos Bobbsey?

Walli no se había fijado en el color de los ojos de Karolin y le resultó halagador que ella en cambio sí lo hubiera hecho.

—La primera vez que oigo hablar de ellos —contestó.

—No importa, no suena mal como nombre de dúo. Igual que los Everly Brothers.

—¿Necesitamos un nombre?

—Sí, si ganamos.

—De acuerdo. Volvamos dentro. Ya casi debe de ser nuestro turno.

—Una cosa más —dijo ella—. Cuando cantemos *Noch Eimen Tanz*, tendríamos que mirarnos de vez en cuando y sonreír.

—Está bien.

—Como si fuéramos novios, ¿entiendes? Quedará bien en el escenario.

—Perfecto.

No le costaría nada sonreír a Karolin como si fuera su novia.

Dentro, una chica rubia cantaba *Freight Train* y tocaba la guitarra. No era tan guapa como Karolin, pero sus encantos eran más evidentes. A continuación, un guitarrista consumado tocó un blues con punteos complicados y, acto seguido, Danni Hausmann pronunció el nombre de Walli.

El chico se puso tenso en cuanto estuvo frente al público. Casi todos los guitarristas tenían sofisticadas correas de cuero, pero él ni siquiera se había molestado en agenciarse una, por lo que utilizaba un trozo de cuerda para colgarse la guitarra del cuello. En ese momento deseó tener una.

—Buenas noches, somos los Bobbsey Twins —anunció Karolin.

Walli tocó un acorde, empezó a cantar y descubrió que ya no le importaban las correas. Se trataba de un vals, y él acompañó la melodía rasgueando la guitarra con desenfado. Karolin le dio la réplica en su papel de licenciosa mujer de vida alegre y Walli contestó a su vez transformado en un envarado teniente prusiano.

El público rió.

Y algo le ocurrió a Walli en ese momento. Lo que había oído no era más que la risita colectiva de agradecimiento de un público que apenas superaba el centenar de personas, pero aun así le provocó una sensación que no había experimentado antes, una sensación que se parecía ligeramente al placer que produce la primera calada de un cigarrillo.

Los asistentes rieron en otras tantas ocasiones y al final de la canción rompieron a aplaudir con estruendo.

Aquello le complació incluso más.

—¡Les gustamos! —le susurró Karolin, emocionada.

Walli empezó a tocar *Nobody's Fault But Mine*, rasgueando las cuerdas metálicas con la punta de los dedos para acentuar el dramatismo de las melancólicas séptimas, y el público enmudeció. Karolin se transformó y se convirtió en una mujer perdida, sumida en la desesperación. Walli observó a la gente. Nadie hablaba. Una mujer tenía lágrimas en los ojos y el chico se preguntó si habría vivido lo que Karolin estaba cantando.

La concentración silenciosa era incluso mejor que las risas.

Al final, los ovacionaron y les pidieron que siguieran tocando.

Las normas establecían que cada concursante solo podía interpretar dos canciones, así que Walli y Karolin bajaron del escenario, haciendo oídos sordos a las peticiones de besos; pero Hausmann les pidió que volvieran a subir. No habían ensayado una tercera canción y se miraron, presa del pánico.

—¿Conoces *This Land is Your Land*? —le preguntó Walli entonces, y Karolin asintió con la cabeza.

El público coreó la canción, por lo que Karolin se vio obligada a cantar más alto, y a Walli le sorprendió su potencia de voz. Él cantó en tono agudo y la combinación de ambas voces se elevó por encima de la del público.

Walli estaba entusiasmado cuando por fin bajaron del escenario. A Karolin le brillaban los ojos.

—¡Nos ha salido muy bien! —exclamó ella—. Eres mejor que mi hermano.

—¿Tienes tabaco? —preguntó Walli.

Se sentaron a fumar mientras veían el concurso.

—Creo que hemos sido los mejores —comentó él cuando acabó, al cabo de una hora.

Karolin se mostró más cauta.

—Les ha gustado la chica rubia que ha cantado *Freight Train* —dijo.

Por fin anunciaron el resultado.
Los Bobbsey Twins quedaron segundos.
La ganadora fue la doble de Joan Baez.

Walli estaba indignado.

—¡Pero si ni siquiera sabía tocar! —protestó.

Karolin se lo tomó con más filosofía.

—La gente adora a Joan Baez.

El local empezó a vaciarse y Walli y Karolin se encaminaron hacia la puerta. Walli parecía desanimado. Estaban saliendo cuando Danni Hausmann los llamó. Tenía veintitantos años y vestía a la moda, de manera informal, con un jersey negro de cuello vuelto y vaqueros.

—¿Podríais tocar media hora el lunes? —preguntó Danni.

Walli estaba demasiado sorprendido para contestar.

—¡Claro! —se apresuró a decir Karolin.

—Pero ha ganado la imitadora de Joan Baez —protestó Walli, aunque enseguida se preguntó de qué se quejaba.

—Vosotros dos parecéis saber cómo tener al público contento más de una o dos canciones. ¿Contáis con repertorio para una actuación completa?

Una vez más Walli vaciló y Karolin se le adelantó de nuevo.

—El lunes lo tendremos —aseguró.

Walli recordó que su padre había pensado encerrarlo en casa durante un mes, pero prefirió no mencionarlo.

—Gracias —dijo Danni—. Os toca el primer turno, el de las ocho y media, así que venid a las siete y media.

Se sentían eufóricos cuando salieron a la luz de las farolas. Walli no sabía qué iba a hacer respecto a su padre, pero estaba convencido de que todo saldría bien.

Resultó que Karolin también vivía en el Berlín oriental, así que tomaron un autobús y empezaron a hablar de lo que tocarían la semana siguiente. Había montones de canciones folk que ambos conocían.

Bajaron del autobús y se encaminaron hacia el parque. Karolin frunció el ceño.

—El tipo de detrás... —dijo.

Walli se volvió un instante. Un hombre ataviado con gorra caminaba a unos treinta o cuarenta metros por detrás de ellos, fumando un cigarrillo.

—¿Qué le pasa?

—¿No estaba en el Minnesänger?

El hombre evitó la mirada de Walli, a pesar de que este lo escrutó con atención.

—Yo diría que no —dijo—. ¿Te gustan los Everly Brothers?

—¡Sí!

Walli empezó a tocar *All I Have to Do is Dream* mientras caminaban, rasgueando la guitarra que seguía llevando colgada del cuello con una cuerda. Karolin se le unió con entusiasmo y la corearon juntos mientras atravesaban el parque. A continuación Walli atacó el éxito de Chuck Berry *Back in the USA*.

Estaban cantando el estribillo a grito pelado, «Cómo me alegro de vivir en Estados Unidos», cuando Karolin se detuvo en seco.

—¡Calla! —exclamó.

Walli se dio cuenta de que habían llegado a la frontera y vio a tres *vopos* que los observaban con mirada aviesa bajo la luz de una farola.

Walli calló de inmediato, esperando haber parado a tiempo.

Uno de los policías, un sargento, miró algo más allá de Walli, quien se volvió un instante y vio que el hombre de la gorra asentía con un breve gesto de cabeza. El sargento se acercó a ellos.

—Papeles —dijo.

El hombre de la gorra habló por un walkie-talkie. Walli frunció el ceño. Por lo visto Karolin tenía razón y los habían seguido. En ese momento se le ocurrió que tal vez Hans estuviera detrás de todo aquello.

¿De verdad podía llegar a ser tan mezquino y vengativo?

Sí, podía.

El sargento revisó el documento de identidad de Walli.

—Solo tienes quince años. No deberías estar en la calle a estas horas.

Walli se mordió la lengua. No valía la pena discutir con ellos.

El sargento echó un vistazo al documento de identidad de Karolin.

—¡Tú tienes diecisiete años! ¿Qué andas haciendo con este crío?

Aquello hizo que Walli recordara la discusión con su padre y no pudo contenerse.

—No soy ningún crío.

El sargento lo ignoró.

—Podrías salir conmigo —le dijo a Karolin—. Con un hombre de verdad.

Los otros dos *vopos* rieron en señal de aprobación.

Karolin no dijo nada, pero el sargento volvió a la carga.

—¿Qué dices? —insistió.

—Debe de estar loco —contestó Karolin, en voz baja.

El hombre se ofendió.

—Vaya, eso ha sido una grosería —dijo.

No era la primera vez que Walli veía reaccionar a los hombres de

aquella manera. Si una chica no les hacía caso, se indignaban; sin embargo, cualquier otra respuesta era considerada una insinuación. ¿Qué se suponía que debían hacer las mujeres?

—Devuélvame mi carnet, por favor —pidió Karolin.

—¿Eres virgen? —preguntó el sargento.

Karolin se sonrojó.

Una vez más, los otros dos policías se rieron con burla.

—Deberían ponerlo en los documentos de identidad de las mujeres —prosiguió el hombre—. Virgen o no virgen.

—Basta ya —intervino Walli.

—Soy delicado con las vírgenes.

Walli estaba furioso.

—¡Ese uniforme no le da derecho a molestar a las chicas!

—¿Ah, no?

El sargento no les devolvió los documentos de identidad.

Un Trabant 500 de color canela se detuvo y Hans Hoffmann bajó del vehículo. Walli empezó a preocuparse de verdad. ¿Cómo se había metido en aquel lío? Lo único que había hecho era cantar en el parque.

Hans se acercó a ellos.

—Enséñame eso que llevas colgado del cuello —ordenó.

—¿Por qué? —preguntó Walli haciendo acopio de coraje.

—Porque sospecho que está siendo utilizado para introducir propaganda imperialista capitalista en la República Democrática Alemana de manera clandestina. Dámela.

La guitarra significaba tanto para Walli que se resistió a obedecer a pesar de lo asustado que estaba.

—Y si no lo hago, ¿qué? —dijo—. ¿Van a detenerme?

El sargento se frotó los nudillos de una mano con la palma de la otra.

—Sí, al final sí —contestó Hans.

A Walli lo abandonaron las fuerzas. Se pasó la cuerda por encima de la cabeza y le entregó la guitarra a Hans.

Este la cogió como si fuera a tocarla, rasgó las cuerdas y cantó en inglés:

—*You ain't nothing but a hound dog...*

Los *vopos* se desternillaban de risa.

Por lo visto, hasta la policía escuchaba emisoras de música pop.

Hans metió la mano por debajo de las cuerdas e intentó palpar por dentro la boca de la guitarra.

—¡Ten cuidado! —pidió Walli.

La primera cuerda se rompió con un sonido metálico.

—¡Es un instrumento musical delicado! —insistió, desesperado.

Las cuerdas impedían que Hans pudiera inspeccionar la guitarra adecuadamente.

—¿Alguien tiene una navaja? —preguntó.

El sargento rebuscó en el interior de su chaqueta y sacó una navaja de hoja ancha que desde luego no formaba parte del equipamiento habitual, de eso Walli estaba seguro.

Hans intentó cortar las cuerdas, pero eran más resistentes de lo que había pensado. Consiguió seccionar la segunda y la tercera, pero todo fue inútil con las más gruesas.

—Dentro no hay nada —dijo Walli con tono de súplica—. Se nota por el peso.

Hans lo miró, sonrió y a continuación hundió la navaja con fuerza en la caja de resonancia, cerca del puente.

La hoja atravesó la madera y Walli gritó, desolado.

Complacido ante aquella reacción, Hans empezó a abrir toscos agujeros por toda la guitarra. La superficie ya apenas ofrecía resistencia y la tensión de las cuerdas hizo que el puente y la madera que lo rodeaba se separaran de la tapa del instrumento. Hans arrancó el resto, y el interior de la guitarra quedó a la vista. Recordaba a un ataúd vacío.

—No hay propaganda —anunció—. Felicidades, eres inocente.

Le tendió la maltrecha guitarra a Walli y este la aceptó.

El sargento les devolvió los documentos identificativos con una sonrisa burlona.

A continuación Karolin asió a Walli por el brazo y se lo llevó de allí.

—Venga —dijo en voz baja—. Vámonos de aquí.

Walli dejó que tirara de él. Apenas veía por dónde caminaba. No podía dejar de llorar.